

DIETARIO PERSONAL

JUEVES, 29 DE SEPTIEMBRE. — El desguace de España —y también de la Segunda República— comenzó por Cataluña. Fue algo muy triste, aunque público. Sucedió en el Congreso, en pública sesión. Anotaba un poeta: "Así, aquella tarde, sólo unos chascarrillos de tertulia defendieron la integridad de España". Mientras eso ocurría en el Congreso, la calle y la Universidad hervían. No parece que suceda otro tanto ahora. Suárez y Tarradellas se lo han guisado y comido por su cuenta, si bien el primero a través de Sánchez Terán. Ni la cuestión ha ido al llamado Parlamento, ni la calle arde, ni la Universidad protesta. Antes bien diría que no es previsible el menor ademán en contra de este nuevo Tratado de París, que enajena de España la hermosa región catalana. De perder tierras en el Pacífico o en el Caribe hemos pasado a entregarlas en el Mediterráneo. Pronto conoceremos alguna nueva entrega en el Cantábrico. Batallones gudarís ya desfilaron en San Miguel de Aralar para hacerse cargo en cuanto suene su hora de las nuevas fronteras. ¿No hay ya comuneros para Castilla? ¿Y cantonales en Cartagena? ¿Qué serán las Canarias, argelinas o americanas?

Pienso que esta nación ha muerto, puesto que nadie se alza contra ese crimen. Nos resignamos a la anarquía, al separatismo, a la ruina, a la tutela extranjera. Todos somos cobardes.

FIN

En tiempos de la Segunda República aún vivía España. Voces augustas levantaban la protesta: "No es eso, no es eso", clamó don José Ortega y Gasset. Nadie se dio cuenta entonces de que Sanjurjo intentó traducir a expresión militar la dialéctica precozmente desengañada de Ortega. Sanjurjo no tuvo la oportunidad de corregir con su espada "el perfil agrio y triste" de la República, trocándolo en sonriente, acogedor y alegre. Nos hubiera evitado una Guerra por lo visto estéril. La incompetente cerrilidad del

PSOE de entonces hizo todo lo demás, según vinieron a confesar Madariaga, Prieto y el propio Largo Caballero, muchos años después. Todos los grandes jefes socialistas desdeñaron la posibilidad de estabilizar la República o si la entregaron humillaron su libertad de pensamiento ante el Partido. Magnificado hoy por su tolerancia, don Julián Berteiro, a quien nadie puede negar un coraje poco frecuente en el intelectual, bajó un día de su sillón de presidente de la Cámara para amenazar desde su escaño: "Si se cierran las puertas al ideario socialista, diremos al pueblo que no es ésta su República, y habrá que preparar la revolución social". (Conviene recordar que antaño "revolución social" era algo perfectamente definible en punto a belicoidad y maneras).

Me temo que España esté muerta. Pero ni aún así me parece que sea necesario trocearla para su entierro, ni menos cargarlo con goma 2 para que salte en pedazos.

Los que sí estamos muertos —eso seguro— somos los españoles y el olor nauseabundo que se nota es de putrefacción y de miedo. Ya nos comen los gusanos por do más presumido habíamos.

Rafael GARCIA SERRANO